

EL proceso electoral mexicano

Marisa Regueiro

Tras las elecciones presidenciales del pasado 2 de julio, México se encuentra en una encrucijada política de difícil pronóstico. La toma de posesión del nuevo presidente Felipe Calderón, del PAN, en la que hubo de recibir la banda presidencial en medio del griterío de los diputados perredistas que intentaron boicotear el acto, ofreció un espectáculo bochornoso que augura tiempos difíciles para México.

Es menester acercarse a los hechos y considerar la trayectoria de los protagonistas para intentar dilucidar qué puede ocurrir si Andrés Manuel López Obrador (AMLO), de la coalición Por el bien de todos que integran el PRD y el PT cumple su amenaza de hacer la vida imposible al nuevo presidente, de impedirle gobernar. Sus acusaciones de fraude, las movilizaciones sociales que ha convocado durante meses y sus reacciones despiertan perplejidad dentro y fuera del país.

Los hechos y el escenario

Cuando el 2 de julio se inició la votación, la campaña ya había dado muestras de un encarnizado enfrentamiento entre las fuerzas en liza, y anunciaba un posible empate técnico. La jornada electoral se prolongó mucho más de lo previsto y la ansiedad se adueñó del país. Con el 80% de votos escrutados Andrés Manuel López Obrador alcanzó el 36,69% frente al 34,67% de Felipe Calderón. Sin embargo, la diferencia fue reduciéndose: al filo de la medianoche, cuando aún faltaba escutar dos millones y medio de votos, era del 0,77%.

A las tres de la mañana se incluyeron en el recuento los votos de Guanajuato, tradicional bastión panista, que venían con retraso —el PAN (Partido de Acción Nacional) denunció que en

aquellas mesas en las que resultaba ganador, el PRD (Partido Revolucionario Democrático) pedía la reapertura de sobres, con la consiguiente demora del recuento—, y a las cuatro, con 800.000 votos por escutar, Calderón ya aventajaba a López Obrador. El conteo preliminar (PREP) acabó a las 8 p.m. del lunes 3 de julio con ventaja de Calderón.

Un segundo recuento, el Cómputo Distrital, comenzó el 5 de julio y se completó a las 3 p.m. del 6 de julio, arrojando datos similares, pero limitando el margen de diferencia del PAN: 243.934 votos, 0,54 puntos porcentuales. Roberto Madrazo, de la Alianza por México constituida por el otrora invencible PRI (Partido Revolucionario Institucional) y por el Partido Verde Ecologista de México (PVEM), fue la tercera fuerza, con el 22% de los votos.

Cuando el IFE (Instituto Federal Electoral) no había presentado todavía los resultados definitivos, López Obrador inició su campaña de acusación de «fraude», con la amenaza de impugnación de los comicios, exigió un nuevo recuento «voto por voto» y presentó dos vídeos con presuntas irregularidades, abriendo así un proceso que sumió a la sociedad mexicana en la suspicacia —no en vano en el inconsciente colectivo permanece latente el recuerdo de los fraudes electorales del pasado— y el desconcierto. Sin explicar dónde ni cómo los ha-

bía conseguido, dijo que en uno se veía un «embarazo de urnas» (aparición de más votos de los que se contaron); y en el otro, filmado en Querétaro, «una alteración en el número de votos recogidos en el acta que oficialmente se dieron a conocer». Posteriormente impugnó formalmente las elecciones en 152 distritos, unas 52.000 mesas electorales. El caso quedó en manos del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF), máxima instancia jurisdiccional electoral que por ley tenía hasta el 31 de agosto para resolver las impugnaciones y hasta el 6 de septiembre para declarar definitivamente al presidente electo del país.

López Obrador no acató tampoco los dictámenes del TEPJF: ni el recuento oficial de resultados —15.000.284 votos para el PAN, 14.756.350 para *Por el bien de todos*—, ni la declaración por unanimidad de sus miembros del 6 de septiembre que reconocía como legítimo presidente para el período 2006-2012 a Felipe Calderón. Su llamada a la «resistencia civil», que ya se había concretado en multitudinarias concentraciones en el Zócalo, se prolongó durante meses. Sus seguidores ocuparon el céntrico Paseo de Reforma con carpas, letrinas y cocinas comunitarias, junto a imágenes de Lenin, Stalin o Mao, en extraño maridaje con la de Benito Juárez, impidiendo de hecho a ciudadanos y turistas el acceso al Centro Histórico.

Todo ello ha ocasionado el cierre de comercios, la supresión de miles de empleos, el deterioro del parque urbano, la caída del turismo. Las pérdidas se calculan en una cifra superior a los 7.000 millones de pesos (unos 700 millones de dólares).

En una *mega-ciudad* como el DF, de las más pobladas del mundo, el *megaplantón* afectó e irritó cada vez más a los miles de ciudadanos que se veían obligados a larguísimos desvíos para acudir a sus trabajos. Si bien reconocían el derecho a la manifestación, veían conculcado el suyo al libre tránsito por el responsable de solucionarlo, el gobierno del DF regentado por Alejandro Encinas, a quien precisamente cedió su puesto AMLO para poder presentarse en las presidenciales. A juzgar por la progresiva disminución del número de manifestantes, su entusiasmo fue decayendo; pero la ocupación se mantuvo merced a «ayudas» de entre 200 y 400 pesos a los que pernoctaran en las tiendas.

El 1 de septiembre en que Vicente Fox debía rendir ante el Parlamento su Informe anual, acto de especial solemnidad en la vida política mexicana, los diputados de *Por el bien de todos* invadieron el estrado de la Presidencia del Congreso y con pancartas y gritos protagonizaron un acto inédito de desacato institucional, transmitido en directo por televisión: el presidente legítimo y aún en funciones, se vio obligado a presentar su Informe en

formato impreso en el vestíbulo del edificio de San Lázaro.

La proximidad de las celebraciones del Día de la Independencia hizo temer que el 15 de septiembre los seguidores de AMLO hicieran algo similar por lo que, en un gesto inédito pero oportuno para evitar enfrentamientos, Fox lanzó *el Grito* de la celebración en Dolores Hidalgo, no en el Zócalo de la capital como marcaba la costumbre, ya que en la enorme plaza, frente a la

*Las acusaciones de fraude
que lanzó López Obrador
sumieron a la sociedad
mexicana en la suspicacia
y el desconcierto*

catedral, esperaban los abucheos que los seguidores de AMLO dedicaron al Presidente saliente y al nuevo... A lo largo de todo este tiempo, la figura de López Obrador fue adquiriendo tintes cada vez más sombríos que incrementaron el rechazo hacia su comportamiento.

Su autoproclamación como «presidente legítimo» en la concentración de su Convención Nacional Democrática, a mano alzada como en una especie de burda representación de democracia directa, fijó día y hora para la «toma de posesión», el 20 de noviembre,

aniversario de la Revolución Mexicana. Por el mismo procedimiento se adoptaron varias medidas que hicieron comprender a muchos el peligro real de la puesta en escena: crear un gabinete itinerante con sede en el DF, rechazar «la usurpación», la «República simulada» y abolir «el régimen corrupto», boicotear la ceremonia de investidura de Calderón el 1 de diciembre, poner en marcha un plan de «protestas pacíficas en todos los lugares donde se presente el usurpador». En las elecciones a gobernador del Estado de Tabasco se volcó en la campaña de apoyo a César Raúl Ojeda, candidato perredista, con resultado negativo, lo que es un claro indicio del declive de su capital político; y acusó al PRI de «querer robar la elección al PRD» amenazando con la impugnación. El 20 de noviembre, frente a sus seguidores, consumó su amenaza representando su «toma de posesión», como «presidente legítimo».

Las garantías del proceso electoral

Las elecciones del 2 de julio contaron con las mayores garantías democráticas de la historia del país. Se capacitó a dos millones de ciudadanos seleccionados por sorteo como funcionarios de mesas y, de entre ellos, más de medio millón de ciudadanos libres recibieron y contaron voto por voto las papeletas de las 131.000 mesas instaladas en el país. Todo ello ante los ojos de 1.241.094 representantes

de partidos y candidatos; 25.311 observadores nacionales; 693 observadores internacionales de 60 países, incluidos los de gobiernos políticos de izquierda y las misiones de Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos. Todos coincidieron en la limpieza del proceso, como manifestó el jefe de la delegación de la Unión Europea, descartando cualquier posibilidad de fraude.

Con un 40% de abstencionismo, las cerca de 42 millones de papeletas dieron un triunfo apretado, pero triunfo al fin, al candidato del PAN. En el transcurso de la jornada electoral apenas hubo incidencias sin importancia. Muy lejanos quedaron ya los tiempos en que el PRI dirigía el voto, acarreaba electores, duplicaba o triplicaba boletas, hacía votar a los difuntos o desaparecer las papeletas del partido opositor. La claridad de las actuaciones estuvo, además, garantizada institucionalmente por el IFE y por el TEPJF. El Programa de resultados preliminares fue revisado y aprobado por un comité técnico independiente y por la UNAM, que certificó su inviolabilidad.

El 20 de octubre el IFE presentó su informe «Reflexiones sobre el proceso electoral 2006», un pormenorizado estudio de los resultados electorales y de los procedimientos de validación, que demuestra que se cumplieron con legalidad todas las etapas del proceso y que hubo congruencia en-

tre las cifras del PREP y el cómputo final, así como con nueve encuestas de salida y conteos rápidos de empresas previamente autorizadas por el órgano electoral, con metodología y procedimientos de base científica. Como el documento queda a disposición de todos, se sugirió: «Basta cotejar las actas de cada casilla, de las cuales los partidos políticos tienen copia, con los resultados del PREP para poner en evidencia cualquier anomalía».

La disconformidad de López Obrador fue asignando al supuesto fraude distintos calificativos: primero fue «cibernético», luego a la «antigüita»; pero en ningún caso presentó pruebas de lo que alegaba. Reclamó un nuevo recuento «voto por voto» y manifestó primero que, si se accedía a ello, reconocería los resultados aunque no le favorecieran. Sin embargo, en la entrevista concedida al periodista Miguel Ángel Granados Chapa en Radio UNAM el lunes 17 de julio, dejó deslizar que, si el recuento voto por voto daba como resultado la victoria de Felipe Calderón, no la aceptaría, como ha hecho finalmente.

Los protagonistas

Felipe Calderón Hinojosa, de 43 años de edad, ha estado vinculado desde su infancia al PAN, del que su padre Luis Calderón Vega fue uno de sus ideólogos. Estudió *Leyes* en la Escuela

Libre de Derecho, un Máster en Economía en el Instituto Tecnológico Autónomo de México y otro en Administración Pública en la Universidad de Harvard. Ingresó formalmente en el PAN en 1980, donde se desempeñó como Secretario Nacional Juvenil, Secretario de Estudios, Representante en el IFE, Secretario General y, entre 1996 y 1999, Presidente del Comité Ejecutivo Nacional. En este último período negoció la Reforma Electoral que creó el IFE Ciudadano; el PAN ganó los gobiernos de Nuevo León, Querétaro y Aguascalientes, además de catorce capitales de Estado y varios ayuntamientos. Ha sido representante por mayoría en la Asamblea del DF y Diputado Federal en dos ocasiones.

Con el triunfo de Vicente Fox, pasó a coordinar al grupo panista del Congreso, una ardua y en ocasiones decepcionante labor habida cuenta de que el PAN no poseía mayoría suficiente para contrarrestar la oposición del PRI y del PRD. No obstante, consiguió la aprobación de dos presupuestos federales por unanimidad y reformas de gran importancia para la vida democrática, como la Ley de Transparencia y Acceso a la Información.

Como Director General de Banobras, saneó sus finanzas después de un largo período de pérdidas y participó en la reorganización de Créditos del Fondo Carretero que se otorga a los

Estados y Municipios. Más tarde, como Secretario (Ministro) de Energía, promovió la formación del Comité de Auditoría de PEMEX (Petróleos Mexicanos) y la licitación del primer parque de energía eólica, ordenó diversos operativos contra el robo de combustible, consiguió la mayor producción de petróleo y gas natural de

*los observadores
internacionales de 60 países
coincidieron en la limpieza
del proceso electoral*

la historia e incrementó en un 24% el suministro eléctrico a los poblados rurales.

A finales de 2005 se impuso en las elecciones primarias de su partido contra la voluntad de Fox, que apoyaba a Santiago Creel; y desde entonces, fue «el hijo rebelde», lo que rompe con la tradición del candidato «tapado». Calderón representa al PAN conservador, cívico y católico, y no ha dudado en pronunciarse a favor de la protección de la vida desde la concepción hasta la muerte natural, de la definición legal del matrimonio como la unión entre un hombre y una mujer.

En la campaña hubo de mantener un difícil equilibrio entre su afán de renovación y la continuidad del sistema iniciado en el sexenio, cargando con el desgaste de este «Gobierno del cam-

bio» —a pesar de que Fox conserva altos índices de popularidad y aceptación— que llevó al PAN a un notable retroceso en la elección de diputados de 2003 —en México las Cámaras se renuevan cada tres años—; y defendiendo al mismo tiempo el éxito de la estabilidad financiera conseguida. Su propuesta económica incluye mantener la estabilidad macroeconómica y la apertura hacia el exterior, promover la inversión y avanzar con reformas estructurales que permitan una mayor competitividad de México en el mundo, así como continuar con el ejercicio prudente del gasto social focalizado en la educación, la salud y en el combate a la pobreza.

A pesar de que a lo largo de la campaña miembros de su equipo y de su familia fueron objeto de insidiosas acusaciones —nunca demostradas—, a su favor tiene una trayectoria política sin sombra de malos manejos, por lo que resulta creíble la imagen que ha querido ofrecer de «manos limpias» y sincera su propuesta de transparencia del gasto público, de rendición de cuentas y de lucha contra la corrupción. Contó siempre con el fiel electorado tradicional del PAN; pero también ha conseguido una ampliación muy significativa de su base social en las clases medias y aun en las más desfavorecidas, gracias en gran medida a la organización y la preparación de las fuerzas juveniles de su partido. Es en los Estados del Norte, más industrializados y des-

arrollados, y en el ámbito urbano donde su discurso ha sido mejor valorado.

La *biografía del poder* de **Andrés Manuel López Obrador** ofrece claves que permiten entender —no justificar— sus actitudes presentes. *Conoció a Andrés López Obrador, el famoso y controvertido jefe del gobierno del Distrito Federal, una mañana casi de madrugada de agosto de 2003*. Así comienza Enrique Krauze, director de la Revista *Letras Libres* y autor de esclarecedores estudios sobre los protagonistas de la historia de México, su artículo *El mesías tropical*, publicado en junio de 2006, en el que ofrece un minucioso retrato biográfico del por entonces candidato.

La entrevista tuvo lugar tras la rueda de prensa cotidiana de seis de la mañana en la que, como Jefe de Gobierno del DF, AMLO informaba a los medios de la marcha de su gestión. La primera impresión dice mucho de su carácter: *Tempranero como un gallo, rijo-so símbolo con el que le gusta compararse, elusivo como el pejelagarto, típico pez de las aguas de Tabasco, del que proviene su sobrenombre*, se mostraba ingenioso para sortear las preguntas comprometedoras y para lanzar certeros *pico-tazos* sobre el presidente Fox.

La decoración de su despacho, del que prácticamente nunca salía, reflejaba sus filias simbólicas: un pejelagarto disecado, la imagen de Benito

Juárez; una foto suya conversando con el *subcomandante Marcos*, otra de Salvador Allende y una escultura indígena. Su mundo de referencia parece limitarse a Tabasco y al pequeño pueblo de Tepetitán donde nació, el 13 de noviembre de 1953, en el seno de una familia de clase media dedicada al comercio y vivió *una niñez tropical, libre y feliz*, mostrando un temperamento irascible ante cualquier oposición o fracaso.

Sólo ha hecho un par de viajes al exterior, unos días en Estados Unidos y con su esposa, fallecida en 2003, solía visitar Cuba. Como muestra de su desinterés por el mundo, reconoce que no tiene pasaporte porque —según explicó— *hay que concentrarse en México. Para mí la mejor política exterior es la buena política interior*.

En los setenta estudió Ciencias Políticas en la Universidad Autónoma de México, hospedándose en la Casa del Estudiante Tabasqueño del DF. Ciertamente Krauze descubre en sus propios libros —en especial en *Entre la historia y la esperanza*— sus fuentes de inspiración. Confiesa su admiración por un *visionario de gran sensibilidad*, según califica al dictador tabasqueño Tomás Garrido Canabal que instituyó las «escuelas racionalistas», los «camisas rojas» de estudiantes que con disciplina fascista servían a la campaña de adoctrinamiento y de choque «contra Dios y la religión», y que, ya ministro de Agricultura, ordenó en

1935 la matanza de católicos en la ciudad de México.

Se inicia en la vida política como activista social en 1976, dirigiendo la campaña de Carlos Pellicer, candidato a senador del PRI por Tabasco. Tras la muerte de éste, un año más tarde, dirige el centro de atención a los indígenas choncales, financia obras sanitarias, letrinas y viviendas ayudado por el fugaz *boom* petrolero. En 1982 colaboró con el gobernador Enrique González Pedrero, quien terminó exigiéndole la renuncia por su proyecto de organización territorial al modo cubano. El aciago 1988 en el que Cuauhtémoc Cárdenas fue despojado de su triunfo legítimo en las elecciones presidenciales, lo que dio lugar a la fundación del PRD, López Obrador se unió al proyecto edificando las bases del nuevo partido en Tabasco.

En las elecciones intermedias de 1991, el PRI reclamó el triunfo, pero López Obrador encabezó un «éxodo por la democracia» y acampó por primera vez en el Zócalo. Su protesta tuvo éxito porque Salinas de Gortari cedió otorgándole tres municipios y la renuncia del gobernador. En 1994 perdió por una diferencia de 20.000 votos frente a Roberto Madrazo la gubernatura de Tabasco; y otra vez organizó una «caravana por la democracia», tomando instalaciones petroleras, exhortando a sus partidarios al plan de desobediencia civil e instalando un gobierno paralelo.

Cuando el presidente Zedillo inicia la transición a la democracia mediante la consolidación de la autonomía del Instituto Federal Electoral y pactando con todas las fuerzas políticas, reinicia otro éxodo y exhibe cajas que muestran el fraude electoral de Tabasco: es su oportunidad de saltar a la política nacional. En 1996 moviliza a las organizaciones indígenas que toman cincuenta pozos petroleros para protestar por el daño ecológico, lo que se salda con 200 seguidores encarcelados y con la consolidación de su teoría de la movilización permanente: *Este país no avanza con procesos electorales, avanza con movilizaciones sociales.*

En ese mismo año llega a la presidencia del PRD y consigue plena visibilidad en la vida política federal al ganar en 2000 las elecciones a Jefe de Gobierno del DF, que venía siendo desempeñado por el PRD desde 1997. Gana popularidad con sus ruedas de prensa matutinas, las aparatosas obras de infraestructuras, la formación de una sólida base de apoyo que incluye el enorme mercado informal de la ciudad (vendedores ambulantes, taxis irregulares, transporte colectivo, invasores de tierras), cierta mejora asistencial para los mayores, las madres solteras y los discapacitados.

En su contra pesa el endeudamiento de la ciudad, que se duplicó durante su gobierno, la falta de transparencia en el gasto, el manejo de una red clientelar y varios de los mayores es-

cándalos de corrupción de los últimos años. Inició su campaña por la presidencia del PRD desde entonces, lo que logró en 2005, desplazando al equipo de Cuauhtémoc Cárdenas en favor de su gente de confianza en los puestos de dirección del partido, mayoritariamente tránsfugas del PRI. Muchas de las más prominentes figuras de la izquierda del PRD se han marginado o han hecho pública su disidencia, como Adolfo Gilly, Marcos Rascón, e incluso Cuahuctémoc Cárdenas, su fundador.

Durante su campaña presidencial continuó explotando la retórica populista y de lucha de clases. Rehusó participar en los debates televisados junto a los otros candidatos; pero en su larga precampaña utilizó encuestas de opinión muy anticipadas con respecto a las elecciones de 2006, que difundió desde 2002.

Sus propuestas económicas son incrementar el gasto social, subsidiar los precios de los energéticos e implementar una política industrial orientada a la sustitución de importaciones. Su beligerancia, sus promesas de estatalización y la indefinición de sus mensajes han provocado el temor de las empresas nacionales y extranjeras; y el apoyo de ciertos intelectuales de izquierda que se autoproclaman *progresistas*.

Cuando unos vídeos de 2004 mostraban a su Secretario de Finanzas del

gobierno del DF apostando cuantiosas sumas en Las Vegas y a su principal operador político tomando fajos de dinero de manos de un empresario, se presentó como víctima de «un complot» orquestado por «los de arriba»; y en los múltiples procesos judiciales a los que dio lugar su Gobierno, ha reaccionado siempre con la retórica de la conspiración. Ni siquiera el presidente Fox, al que ha calificado de «chachalaca», un animal especial-

*el PIB creció el 5,5% en el
primer trimestre de 2006,
aunque el 40% de los ingresos
se concentra en el 10%
de la población y muchos
se ven obligados a emigrar
a Estados Unidos*

mente desagradable de la fauna mexicana, ni la Corte Suprema de Justicia se han librado de su lenguaje incendiario.

Por estos antecedentes, así como por la tradición de protestas violentas de grupos afines al PRD, antes de las elecciones los analistas políticos ya avisaban del riesgo de que no reconociera su derrota. Recientemente se ha sabido que la Procuraduría General de la República ha sumado en los doce últimos años 79 expedientes por

denuncias y averiguaciones previas contra AMLO y sus familiares.

El tercer candidato en liza, *Roberto Madrazo Pintado*, de 53 años de edad, es también de Tabasco; estudió Derecho en la UNAM y un posgrado en la Universidad de California. Hijo del priísta Carlos Madrazo, desarrolló su carrera política exclusivamente dentro del partido y ocupó diversos cargos, entre ellos la dirigencia nacional en 2002. Su proyecto económico no difiere mucho del que se ha desarrollado en los últimos años en México: apertura comercial, estabilidad macroeconómica e impulso moderado a las reformas estructurales.

En lo social y en materia de educación, parece más inclinado a mantener el *status quo*. Su habilidad política le ha permitido sobreponerse a los numerosos ataques de dentro y fuera de su partido, pero también ha ocasionado escisiones importantes —como la de los dirigentes del sindicato de maestros— que han reducido su apoyo. En su campaña ha intentado aprovechar la herencia priísta como partido nacionalista y modernizador a la vez, convenciendo a una parte del empresariado, pero con la ambigüedad indispensable para no perder el voto de sindicatos y organizaciones populares. A pesar de que el PRI ha gobernado hasta ahora en 20 de los 32 Estados y varios cientos de ayuntamientos, además de contar

con el mayor número de diputados (pero sin mayoría absoluta), y de que después del 2000 había experimentado una recuperación notable, en las últimas elecciones gravitaron en su contra el desprestigio de los gobernadores de los Estados de Puebla, Veracruz y Oaxaca. Este último se encuentra sumido desde hace meses en el más grave desorden social de los últimos tiempos y abocado a su ruina económica, porque ha llevado a la paralización de la actividad turística, prácticamente su única fuente de ingresos.

En el escenario electoral dos presencias adicionales han intensificado los temores de inestabilidad. En primer lugar, el presidente venezolano Hugo Chávez, que representa para muchos lo peor del pasado latinoamericano. En una entrevista concedida a la cadena de televisión CNN en La Habana, donde asistió a la 14ª Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, afirmó sin empacho: «En México, las instituciones reconocieron el triunfo del candidato de la derecha; bueno, ése es México. Yo no voy a inmiscuirme en esas cosas, sólo digo que no reconozco al Gobierno electo». En segundo lugar, «la otra campaña» del subcomandante Marcos, que realizó una gira de mítines por el país anunciando que «el pueblo va a *derrocar* al próximo presidente, sea quien sea» y varias marchas y manifestaciones más o menos violentas en la capital.

La imagen de México en el exterior

La imagen que en estos difíciles tiempos ofrece México hacia el exterior resulta injusta para una nación empeñada en continuar avanzando. Inicialmente, con el discurso populista de AMLO una gran parte de la izquierda iberoamericana alentó la esperanza de ampliar el eje Cuba-Venezuela-Bolivia. Como afirma Jorge R. Mancillas, «la elección de Evo Morales en Bolivia y las posturas que ha adoptado desde su triunfo, así como la elección de Michelle Bachelet a la presidencia en Chile, benefician a corrientes y políticos con rostro de *izquierda* que, como López Obrador, se revisten con retórica populista». Además, «la actitud desafiante de Hugo Chávez ante el gobierno norteamericano anima a grandes sectores de la población latinoamericana a considerar que es posible resistir el embate neoliberal».

La perspectiva de presentar un dique latinoamericano contra el predominio norteamericano actúa como un poderoso estímulo emocional que los demagogos saben incentivar. Es lógico que quienes primero muestren su preocupación sean las empresas extranjeras con gran presencia en México, norteamericanas y españolas entre ellas.

El devenir de los acontecimientos ha dado la razón a quienes afirman de López Obrador que «los miedos que

suscitaba resultan ciertos, al mostrarse como un político bronco incapaz de aceptar una derrota», como dice Joaquim Ibarz.

Los grandes desafíos del Sexenio

Aunque los acontecimientos vividos despiertan comprensibles temores, México cuenta con factores que permiten pensar que el proceso de transición iniciado no se detendrá. Desde que el presidente Zedillo, del PRI, entregó la banda presidencial a Fox, del PAN, los mexicanos saben que el fraude electoral puede ser conjurado, aunque se mantenga agazapado por la inercia de siete décadas de dictadura del partido único.

Disfrutan de una libertad de prensa y de expresión desconocidas hasta hace unos años a la que no piensan renunciar, lo que ha fortalecido el entramado civil. Abundan los programas de debate político en la televisión, en la radio, en los que se vierten todas las opiniones, de uno y otro bando, sin censura previa y sobre los que opinan abiertamente los taxistas, los camareros, las amas de casa, los comerciantes. La conciencia política de la sociedad ha ido ganando un terreno impensable hace sólo seis años; y aunque no es fácil borrar el clientelismo ni los viejos hábitos de la corrupción, del caudillismo, o de los dinosaurios aún en el poder, se percibe el impulso de una nueva generación

que prefiere pertenecer a un tiempo de desarrollo hacia la modernidad y que no desea verse postergada.

La revolución electrónica también ha facilitado sensiblemente la modernización de la vida económica, social y cultural mexicana. Con sus más de cien millones de habitantes, una si-

*«una contienda tan cerrada
exhibe un país dividido,
un electorado partido,
una realidad política ríspida
en la que el ganador tendrá
que lidiar convocando
al consenso» (D. Dresser)*

tuación financiera como nunca antes había vivido México, que ha permitido recuperarse a una creciente clase media, no es previsible que los mexicanos quieran reeditar el pasado.

Los abultados ingresos petroleros, una inflación bajo control, mayores exportaciones y el *boom* de la construcción, han propiciado la mayor tasa de crecimiento económico registrada en las últimas décadas. En el primer semestre del 2005 se registró un aumento del empleo formal, como revelan las 317.775 nuevas afiliaciones al Instituto Mexicano de la Seguridad Social; el PIB creció el 5,5% en

el primer trimestre de 2006 y se estima que la economía se expande más del 4% este año. Son datos positivos, aunque el 40% de los ingresos se concentre en el 10% de la población y muchos estén obligados a emigrar hacia Estados Unidos en busca de oportunidades.

Para más de la mitad de la población, el triunfo del populismo representado por AMLO significaría un enorme retroceso respecto de lo conseguido: supondría someterse al líder carismático que —como nos enseña Max Weber— se apodera de la palabra, fabrica la verdad, utiliza de modo discrecional los fondos públicos, focaliza la ayuda para cobrarla en obediencia, alienta el odio de clases, amedrenta con enemigos interiores y exteriores, desprecia el orden legal, domestica o cancela las instituciones democráticas liberales, cercena las libertades individuales y, en nombre de la «voluntad popular», sólo aspira a perpetuarse en el poder.

Las extraordinarias posibilidades de unos recursos naturales ingentes, los esfuerzos realizados para conseguir una mayor transparencia de la gestión de los fondos públicos y la mejora de la economía que ha supuesto para muchos trabajo, vivienda, educación y bienestar social, son factores que pesan a favor de continuar en la senda iniciada con el milenio. Sin embargo, quienes dieron su voto a López Obrador expresaron en las urnas

su descontento con el actual estado de cosas; por lo que el *hombre providencial* podría extenderlo, alimentado por la pobreza y la desigualdad, hasta transformarlo en violencia social. Aunque Felipe Calderón ha anunciado entre sus prioridades la lucha contra la desigualdad y la pobreza, deberá hacer un gran esfuerzo para contrarrestar esta posibilidad; y no será fácil conciliar estos objetivos con la hostilidad permanente de quien no sabe perder en democracia. Ya ha recibido el no rotundo de AMLO a su oferta de formación de un gobierno de concertación; y el PRI, a pesar de su fracaso electoral, venderá muy caro su apoyo.

Aun antes de la toma de posesión, el nuevo presidente de México buscó acuerdos parlamentarios que garantizaran la gobernabilidad, hizo su presentación internacional con una gira americana y mostró su proyecto de país para el año 2030. En el acto de presentación del Proyecto 2030 no ha dudado en reconocer que «es difícil tener coincidencias sobre la coyuntura o sobre temas muy específicos», pero ha invitado a la conciliación: «si elevamos la mirada hacia el horizonte del futuro, seguramente encontraremos las coincidencias».

En este sentido, un grupo de 42 expertos reunidos por el Centro de Estudios Espinosa Yglesias ha identificado en el informe *Coincidencias para buscar acuerdos*, los puntos en común

entre los tres grandes partidos a partir de los cuales sería factible alcanzar consensos en el Parlamento. En el capítulo referido al Estado de Derecho, advierten de que «no hay forma de resolver en seis años —duración del mandato presidencial, sin reelección—, los graves y complejos problemas de seguridad pública y justicia penal en México». La mayor coincidencia entre PAN, PRD y PRI es «imprescindible en el rediseño del sistema de justicia penal que afecte a la estructura y los cimientos del sistema». En política interna, parece posible el acuerdo en la reelección de legisladores y alcaldes, la transparencia y rendición de cuentas, una mayor colaboración entre los poderes Ejecutivo y Legislativo y la fiscalización del gasto de los partidos.

En internacional la relación con Estados Unidos —con las asignaturas pendientes de migración y seguridad— ocupa un lugar prioritario, seguido de América Latina, Europa y China e India. En el área económica coinciden en que el gasto social debe aumentar y ser más eficiente y transparente; y subrayan la necesidad de mejorar la recaudación tributaria y reducir el gasto de la Administración.

El tema prioritario en lo social es, indudablemente, el combate a la pobreza. Todos los partidos plantean la mejora de la calidad de la educación, aunque los expertos reclaman «ideas

nuevas para reformar el sistema educativo, que vayan a la raíz del problema e incluyan el papel del sindicato».

Entre las muchas cuestiones urgentes del Sexenio y para evitar situaciones como las vividas, algunos analistas añaden la necesidad de reforzar los mecanismos de garantía electoral, de adoptar un modelo de *segunda vuelta* y de suprimir el largo período que media entre la jornada electoral y la toma de posesión del nuevo presidente electo.

Ante tantas incertidumbres abiertas, conviene recordar la reflexión pre-electoral de la politóloga mexicana

Denise Dresser: «Una contienda tan cerrada exhibe un país dividido, un electorado partido, una realidad política ríspida en la que el ganador tendrá que lidiar llamando a la concordia, convocando al consenso, entendiendo que no recibe un mandato amplio o un apoyo generalizado. Para gobernar con éxito tendrá que armar una carpa amplia, abierta, multicolor, donde quepan incluso sus peores adversarios, un techo capaz de cobijar a todos los mexicanos». El respeto a la legalidad es el primer paso para ese gran acuerdo nacional que los resultados electorales demandan. Sólo así los políticos podrán ser dignos representantes de su pueblo y merecer su respeto. ■